

trato con ellas, mesura en el elogio, gracia en la negación, y siempre bondad, una bondad estética que consiste en comprenderlo todo. Así es como Reyes ha logrado convertir en materia poética todo lo que han visto sus ojos y su espíritu.

Federico DE ONÍS.

Sur, No. 186,

Buenos Aires, abril de 1950.

JUNTA DE SOMBRAS

I

Alfonso Reyes prosigue su vasta obra humanística. Aludo— como se ve— no al humanismo en su vieja acepción clásica, sino al neohumanismo, cuya función, sin dejar de ser filológica, centra su interés en los caminos por donde el hombre busca su ser. Nunca abandona el escritor mexicano esa inclinación suya al artículo, al ensayo breve, al trabajo suelto, como en *Simpatías y Diferencias*, para recordar un solo libro. Pero lo último que nos ha dado es de más rigor temático y de tratamiento didáctico, así *La Antigua Retórica*, donde el ensayista se torna tratadista, o en *La Crítica en la Edad Ateniense* de rigor y método semejantes. Claro que ni la severidad de esa disciplina le ahuyenta —para qué?— esos ingredientes de flexibilidad, donaire, fuga, con que sazonó siempre sus escritos, lo mismo en la *Visión de Anáhuac* que en *Visperas de España*. Quizá sea *El Deslinde*, maciza elaboración, el libro en que lo alado y no sé que leve zumba sutil desaparezcan casi por entero, como ello no sea mero efecto de una lectura densa, que nos inmuniza contra toda ondulación del humor.

Ahora publica *Junta de Sombras*, en edición esmerada de El Colegio Nacional. El libro, de unas cuatrocientas páginas, lleva como subtítulo *Estudios helénicos*. Véase cómo conviven, desde la primera impresión que nos da la obra, lo ensayístico y lo didáctico. El subtítulo parece decir al lector en voz baja: “Esto es serio, riguroso, no obstante lo de la *Junta*...” Pero a la vez el título, luce preeminente, parece advertirnos: “No se dejen convencer por lo de *Estudios*...” Aquí palpita Grecia con la gracia de su libertad, que es como debe palpitar, y no encasillada en capítulos de un ascetismo académico... Yo, al menos, creí sorprender esas aclaraciones en una desavenencia entre el título mayor y su aparente subalterno.

La realidad —una vez que se ha leído el volumen— es que los dos rótulos se concilian. Se trata, no hay duda, de Estudios, por la exposición, la explicación, la crítica, que alternan luminosas, gobernadas por el método del caso, sobre todo, en las páginas que el autor titula *De cómo Grecia construyó al hombre*. Y se trata también de cierto procedimiento ensayístico, de veras eficaz, en que Alfonso Reyes apenas cede a nadie la palma, a virtud de esos tránsitos imperceptibles casi, de la escueta articulación de las ideas a la sugestión insinuante del autor. Las luces de los dos enfoques se reparten el campo para delicia del observador.

El libro confirma la conocida dedicación de Reyes a la cultura de la antigüedad clásica, a los atisbos, a las realizaciones de griegos y romanos, la unidad de *Junta de Sombras* se evidencia, a poco de entrar en sus aposentos. No importa el fragmentarismo (“Un dios del camino”, “En el nombre de Hesiodo”, “Los filósofos de las islas”, “El mito de Protágoras”, “Contorno de Aristóteles”...), pues cada cuadrado fija esenciales modos griegos de percibir el mundo y de sentir la vida. Reyes evoca sus figuras inmortales y recuerda uno el poder con que Menéndez y Pelayo levantaba épocas enteras de sus sepulcros. Pero los medios de uno y otro son diferentes. Puntualizarlos es tarea que no cabe en este artículo. Baste apuntar que las *Sombras* se juntan ahora, llamadas por un amor distante. Reyes las comprende porque las ama en la economía espiritual de una cultura fertilísima. Ellas acuden y podría aseverarse que de una vez comunican su secreto.

Mis lecturas en esta rama del conocimiento, aunque viejas y reiteradas, no me autorizan a decidir si la voz de cada sombra es, en efecto, la definitiva. Más la impresión, como lector, que no crítico, es de alta enseñanza. Reyes ha leído los clásicos griegos y está familiarizado con los helenistas de más autoridad: Burnet, Bernard, Murray, Whibley, Jaeger... para recordar algunos de los contemporáneos. Y ha cotejado autores griegos, y les ha preguntado por la idea que tuvieron de hombres, sucesos, influencias. Vaya uno a determinar, después de todo ésto, si su saber en cosas de Grecia

lo completa su inteligencia o si, dada la información, debemos anotar el resto —visión propia y gracia— a su sensibilidad. Por supuesto que no ha de ser tajante esa separación, pero la Psicología tiene mucho que explicar a ese respecto.

Más bien: nos declara Reyes que en el capítulo sobre el concepto que Grecia formó del hombre no hace sino resumir la obra de Jaeger (*Paideia*). Debemos creerle que tal fué su intento. Yo he leído a Jaeger, eminente maestro, y hallo en las páginas de su admirador la articulación ideológica, es innegable, pero a más, la contemplación personal de quien se ha apoderado del tema y le fertiliza las entrañas. ¿Resume, condensa el largo estudio de Jaeger? Sí, más no logra nadie una síntesis clara sin un conocimiento profundo de la materia. Lo consigue Reyes, y vierte además en cada página la luz de sus estimaciones.

El libro empieza con el planteamiento de dos cuestiones de mucho interés: lo autóctono griego y lo tomado de otras civilizaciones, y el debatido influjo oriental en la filosofía y otras zonas de la cultura helénica. Se inclina Reyes a desechar la teoría del orientalismo; al menos no lo ve como corriente decisiva. Burnet, que se detiene en lo concerniente a la filosofía niega resueltamente las deudas griegas al Oriente. (Véase su introducción a *Early Greek Philosophy*, fourth edition, 1948) Brehier, en la *Introducción* de su *Historia de la Filosofía*, señala los altibajos de la tesis orientalista. Ch. Werner, en *La Philosophie Grecque* (1938) se muestra decidido partidario de la influencia oriental. Nada menos que diez páginas dedica al punto polémico. Naturalmente, se fija en Pitágoras, en el orfismo, en el saber enciclopédico de Demócrito... No es oportuno enumerar aquí sus argumentos, que le conducen a esta aseveración: “C'est un fait que la philosophie grecque est née au contact de L'Orient”.

Consigno algunas discrepancias entre las autoridades para subrayar lo vivo del asunto. Y no es el único contenido helénico en que disienten —ya se sabe— los especializados. A los meros lecto-

res nos toca sólo enterarnos del debate, aprender en punto a hechos, pensar por nuestra parte en cuanto a los juicios y sobre todo adoptar una actitud de humildad intelectual cuando damos con un libro como éste de Alfonso Reyes, donde notamos que puede intervenir con doctrina en la discusión de problemas de interés universal.

A través de estos *Estudios Helénicos* (para atenernos al subtítulo), el autor llama la atención sobre la nacionalidad del Universo: "De los poetas a los sofistas corre en línea recta el desarrollo de la racionalización de los ideales normativos", leemos en la página 325. En la 334: "En cuanto a la invasión de la filosofía en la poesía, no se trata de pensamiento filosófico, que esto la poesía lo contuvo de todo tiempo, implícito en su propia sustancia y en unidad con el mito y la religión. Sino que ahora aparece como elemento intelectual, racionalizado y dialéctico, que habiendo desarrollado fuera de la poesía su cuerpo y sus músculos propios, vuelve a ella desde fuera y como una incrustación extraña". En la 335 nos habla de Eurípides como "poeta de la crítica racional". En el excelente capítulo titulado "La aurora de la investigación", donde por cierto acumula hechos y razones contra la tesis orientalista, nos lleva a la avidez griega por lo coherente, a su afán de buscar normas y leyes.

He querido que resalte esta línea ideológica, fácil de seguir a través del libro, porque ello toca una ancha zona de discrepancias actuales. Lo de la influencia oriental es incitante, pero al cabo no rebasa una cuestión de hechos: la filología esclarecerá lo que ahora resta de nebuloso. En cuanto a la propensión racionalista de la mente griega, estamos ante un problema de los más complicados del pensamiento.

Buena parte de la filosofía de Dewey está dedicada a señalar las fallas de la herencia intelectual griega (racionalista) que a su juicio ha viciado la reflexión filosófica de Occidente. La tesis está desenvuelta en *Philosophy and Civilization* y en la reciente *Logic* del filósofo norteamericano, entre otros libros suyos. Atribuye, por

supuesto, la falsa concepción (según él) de lo racional a Pitágoras y al soporte matemático de su filosofía, y a Platón, generador de una caudalosa corriente que colora casi todo el pensamiento europeo, después de haberse alimentado en fuentes pitagóricas. No puede extrañarnos que el Pragmatismo de Dewey (Experimentalismo, con más precisión, dicen sus adeptos) rechace el platonismo y sus resonancias en Grecia y en la meditación ulterior de Occidente. Apunto, nada más, el área de la pugna.

Importa notar que se preconizan hoy otras formas de irracionalismo, fuera del ámbito filosófico de Dewey. Las de más ruido en Europa son conocidas. En el mundo español circulan los libros de Ortega y Gasset, que ya dibuja, en rápidos esquemas, su actitud (¿podría llamarsele anticartesiana?), y anuncian, él y sus discípulos, una obra, todavía inédita, donde expone su tesis de La Razón Vital, esto es, del primado de la vida, frente a las clásicas elaboraciones que entronizan la racionalidad, así del Universo como de la existencia humana.

Alfonso Reyes convoca sus *Sombras*. Desfilan contentas del evocador, que las conoce. Hubo allá brotes irracionales. Lo dionisiaco alterna con lo apolíneo. A la larga lo racional marca el compás. ¿Lo escogen, en realidad, como el mejor ingrediente? ¿Es, más bien, la profunda propensión del ser? Ambas cosas parecen derivarse de la lectura de los *Estudios Helénicos*. Pero dejo materia para otro artículo.

Medardo VITIER.

Diario de la Marina, La Habana,

19 de Abril de 1950.

JUNTA DE SOMBRAS

II

Ya lo observo en el artículo anterior sobre el nuevo libro de Alfonso Reyes: se compone de escritos sueltos. Sin embargo, aunque no es obra que dé tratamiento sistemático al asunto, el efecto general es de positiva coherencia. Poetas, historiadores, filósofos, estadistas, figuras militares, alternan en esas páginas estremecidas por la peripecia griega y por el pathos individual del autor.

Lo más usual en libros sobre Grecia —sobre todo en *Historias de la Filosofía griega*— es la desvinculación en que luce el hecho cultural con respecto a la hechura total del país. Los filósofos suelen irse agrupando como si ellos no más interesaran. Supóngase que el cuerpo humano se estudiará en su sistema muscular y óseo, y en sus vísceras. Son desde luego componentes esenciales. Pero si se prescinde del sistema nervioso y de la sangre, el estudio dista mucho de ser cabal. Abundan los libros sobre Grecia, donde se hace el gasto con las especies gruesas: si es historia general, con las instituciones políticas, los gobernantes, las guerras... poco más, y si es historia filosófica, con la sucesión de los pensadores, como si éstos no surgieran en medios específicos. Se echan de menos los elementos de ensamble y vinculación, ese aliento de totalidad que toda civilización produce y que, en buena parte, explica sus más finas realizaciones. Esos elementos se hallan en *Junta de Sombras*. Allí el tejido nervioso y el plasma sanguíneo de Grecia nos dan cuenta, no sólo de lo culminante —las Termópilas, Aristóteles— sino de los ajustes interiores y del ambiente histórico.

Por ejemplo: insiste el autor en el estado psíquico y la inseguridad social que experimentaban en Mileto, ante la amenaza persa, en tensión, por años, y del éxito a que al cabo se vieron obligados algunos filósofos. Eso no es un suceso al uso. Eso es un angustioso fondo vital. Nos advierte, en otro orden de cosas,

aquella gradual desviación de los mitos y del politeísmo para ir centrando el interés en los menesteres laicos de la comunidad civil. Nos llama la atención hacia el hecho de que los filósofos sintieron el deber político, lejos de desentenderse de él. Nos entera —en realidad no es noción muy difundida— del carácter corporativo de las actividades científicas griegas, tanto en la labor de Hipócrates como en la elaboración filosófica realizada en los centros que animaron Pitágoras, Platón y Aristóteles. Llega a decirnos que “el trabajo colegiado fué tentación constante de la naciente filosofía”. Nos muestra el origen de la melancolía griega, al perder la confianza en lo sobrenatural. Estas que yo llamaría especies finas, no figuran en los más de los tratados. Por mi parte, di por primera vez con esa noción del espíritu helénico ensombrecido, en el capítulo cuarto de “Some aspects of the Greek genius,” of Butcher, titulado *The melancholy of the Greeks*.

Y otras notas: la aptitud de los griegos —que sabían ver— para la observación y la experimentación, instancias con frecuencia atribuidas casi exclusivamente a la investigación moderna. Y subraya Reyes el trato de aquellos sabios, desde la ciencia milesia, con las “cosas” y su empleo cotidiano. Todo lo cual nos acerca a la realidad helénica mucho más que la exposición aislada de lo que pensó cada maestro. Porque importa a la vez saber cómo, dónde, para qué lo pensó.

El libro sobresale además en las caracterizaciones: las de Arquíloco y Safo, entre los líricos, y la de Pitágoras y Jenófanes, entre los filósofos, son magistrales. Reyes va al hondón, que no siempre está en las emociones y el pensamiento, sino, a más, en esa “circunstancia” de que tanto se alimenta la doctrina de Ortega y Gasset. Las páginas sobre Arquíloco y Safo (“Aspectos de la lírica arcaica”) valen por lo que enseñan del género y por la pintura de los dos tipos. En pocos casos un estudioso se familiarizó tanto con las vidas como Reyes con las de los mencionados poetas. La descripción llega, como en algunos pasajes de Zola, hasta el olor.

Por eso digo que sangre, y no armazón ósea y revestimiento muscular, a secas.

Lo de Pitágoras es antológico. Ya los antiguos fantasearon sobre el meditador de Samos. ¿No lo vieron el mismo día en Corona y en Metapompo? ¿No exhibió en Olimpia su muslo de oro? Pero Reyes no se queda en la red de la leyenda: condensa en tres páginas las esencias del pitagorismo. A Solón, poeta y estadista, lo evoca como a sombra mayor. La prosa ajusta sus registros porque quiere dar nota pura de nobleza, y rendido ya el tema ilustre, madura la espiga de la lección, Reyes todavía despide al prócer —flor de su raza— con estas palabras: “La corona que rodó de sus sienes no se desgaja, y es, en la historia, la corona de Atenas”.

Hay en estos *Estudios Helénicos* un material que yo calificaría de unificante, merced al cual no tenemos a la vista un cuadro de dibujos geométricos, con inevitables espacios en blanco, sino una vegetación palpitante. Eso logra el autor: librarse de lo geométrico (línea, arista, sequedad) y tocar la savia de lo histórico. Así su evocación da, en lo profundo, con las aguas vivas. Cosa de sentir, quizá, más que de concebir, para pagar tributo a esas separaciones, tal vez necesarias, que tanto perturban la imagen de la realidad. Esos contenidos que apenas dejan sitio vacío en la espesura de este libro pertenecen, en rigor a la Historia de la Cultura, rama del conocimiento desatendida en América y rica en nexos.

En fin, nos impresiona el número de clásicos (menores muchos de ellos) cuyos escritos maneja Reyes. Lo rodean seguros de que él no se aturde por el tumulto: forman legión, y acuden de Tracia y de Lesbos, de las ciudades jónicas y de Beocia, de Alejandría y de Crotona, de Paros y de Agrigento... No piden. Saben que el helenista da a cada uno lo que es suyo, dejan su huella en las páginas abrumadas y silenciosas vuelven a la Grecia que un día configuraron para que existiera perpetuamente.

Del estilo quisiera yo decir mucho. Me ciño a rápidas notas. La palabra recobra su función poderosa en escritores así. No hay

tejido adiposo. No se buscan efectos. La belleza de lo vivo sorprende al propio escritor. Como en las líneas de algunas esculturas, todo se resuelve en gracia y majestad. Ideas, evidente doctrina, y a la vez, un juego de luces que jamás pudo nadie aprender... Canto no aprendido, en suma.

Ahora conciso y rápido, o ya demorado en cláusulas cuya armonía no tiende a lo oratorio. Toques de primor formal; trazos de habla popular fresca; tal o cual travesura regocijada, y lo elegante y lo llano, lo grave y lo zumbón. Hace Reyes lo que quiere con el idioma porque lo hace primero con el pensamiento y el dominio del tema. Irrumpe a veces, como puede hablar cualquiera, y al punto, la cláusula se le puebla de eso que he llamado especies finas. Así: “Sócrates anda por las calles, descalzo y sin sombrero, predicando la conciencia en el bien. Aun no bajaba la caridad hasta este valle hondo, oscuro. El bien le parece cosa de la inteligencia, y ambos, cosa de belleza. Al menos hasta donde es dable traslucir a Sócrates por entre la trama de Platón”.

Me quedo con ganas de tocar, de nuevo, lo del racionalismo griego más aquí finalizan estas notas que ordenaba a tenor de la lectura.

Medardo VITIER.

Diario de la Marina, La Habana,

28 de abril de 1950.